

ca de sus soldados, muy superior á la pequeña que Morelos mandaba, se ocupó en fusilar á diez y ocho soldados independientes que fueron hechos prisioneros en las calles de Ario.

Esta última sorpresa hizo conocer al congreso que su situacion en Michoacan no podia sostenerse por mas tiempo, rodeado como estaba de numerosos enemigos y sin contar con fuerzas bastantes que oponerles. Además, urgía á la corporacion trasladarse hácia el oriente, con el doble objeto de acercarse á uno de los puntos del litoral bañado por el Seno Mexicano, pues esperaba recibir por alguno de ellos diversos auxilios de los Estados-Unidos para continuar la guerra, y de poner término á las diferencias que dividian, en las provincias de Puebla y Veracruz, á los generales Rosains y Victoria. Despues de largos debates resolvió el congreso dirigirse á Tehuacan, y confió la ejecucion de este atrevido proyecto al general Morelos, autorizándole especialmente para tomar el mando de las tropas que habian de formar la escolta del gobierno.

Atravesar por mas de ciento cincuenta leguas un territorio ocupado por divisiones realistas, y pasar á la vista de sus puntos fortificados y guarnecidos, con una comitiva numerosa y las fuerzas competentes para su resguardo, era sin duda alguna, una empresa árdua y que requería en quien á cabo la llevara, suma prudencia unida á la mas serena intrepidez. Morelos lo comprendió así, y dictó desde luego todas las disposiciones que creyó convenientes al buen éxito de la expedicion.

Dió orden á las pequeñas fuerzas que diseminadas á las orillas del Mexcala obedecian á los jefes Nicolás Bravo, Paez, Carbajal é Irrigaray, y que juntas ascenderian á cerca de ochocientos hombres, de que se situáran en Huetamo, uniéndose á los doscientos soldados que formaban la escolta del congreso, al mando del coronel Lobato; dispuso que el comandante Várgas, situado en Tenancingo, llamase la atencion del enemigo hácia el rumbo de Tasco; previno á Guer-

rero, que sitiaba á Tlapa, que dirigiéndose hácia el norte ocupara el punto de Tesmalaca, y ordenó á Sesma y á Terán, que avanzasen hácia el rio Poblano, con el objeto de unir sus fuerzas á las que se proponia conducir personalmente el mismo Morelos.

Antes de emprender su marcha, nombró el congreso una junta gubernativa de las provincias de Occidente, que debia dar cuenta á la corporacion de todas las providencias que dictase. Cumplido este acto de prevision política, y despues de recibir cada uno de los vocales seiscientos pesos, ménos Morelos que no quiso tomarlos, y que para marchar tuvo que vender su ropa de uso, (\*) salió la expedicion de Uruápan, en donde á la sazón residia el congreso, el 29 de Setiembre de 1815. Los archivos y papeles de las oficinas, los víveres, municiones, equipajes, y la suma de veinte mil pesos que se destinaban á la compra de armamento en los Estados-Unidos, formaban un convoy considerable, capaz de llamar la atencion del enemigo y de excitar su codicia. Préviamente acordó el congreso sujetarse durante el viaje á las órdenes del ilustre general, de suerte que caminaban los miembros que le componian en formacion rigurosa desde las siete de la mañana hasta la tarde, que acampaban al raso; y los diputados recibian racion diariamente como los oficiales y soldados. Así marchó la expedicion desde Uruápan, hasta Huetamo y luego siguió remontando la orilla derecha del Mexcala, dirigiéndose al oriente.

Al llegar á las poblaciones pequeñas, que se hallan diseminadas en esa vasta zona que recorre el Mexcala antes de penetrar á tierras de Michoacan, acudian en masa sus pobres moradores, deseosos de contemplar al hombre extraordinario cuyas hazañas conmovian profundamente á todos los corazones patriotas que maldecian la dominacion extranjera, y para quienes la independencia era ya el supremo bien que

(\*) Bustamante. Cuadro Histórico. Carta 4<sup>o</sup>, tomo 3<sup>o</sup>

anhelaban legar á sus hijos. Recibíalos Morelos con agradecida ternura, y les excitaba á secundar los esfuerzos de los que luchaban aun con las armas en la mano, desde el interior del país hasta las playas del Golfo.

Ruda y fatigosísima fué aquella marcha, que acabó de poner á prueba la fé de los hombres que encabezaban entónces la revolucion mexicana. Nunca, como en aquellos dias, necesitó tanto la pátria de esforzados varones, que sin doblegarse á los rudos embates de la adversidad, aceptáran impávidos la muerte, y procuráran defender hasta lo último las esperanzas y los destinos de una gran nacion.

## LXXVI.

No tardó mucho en llegar hasta Calleja la noticia de la traslacion del congreso; y comprendiendo cuán importante era la aprehension de los hombres y efectos que formaban aquel convoy, desplegó grandísima actividad para conseguirla, postponiendo por entónces las demas atenciones de sus tropas, á la empresa de apoderarse de los individuos que componian el gobierno de la revolucion mexicana. No ha faltado quien afirme que Rosains, traicionando vilmente á sus compatriotas, dió aviso anticipado á Calleja de la marcha de la expedicion; pero esta infame alevosía no ha podido probarse plenamente. El virey, ántes de poner en movimiento á sus tropas, procuró adivinar la direccion que se propondria seguir

Morelos, cuyo génio militar era bastante conocido del sitiador de Cuantla. Apénas Morelos llegó á Cutzamala, procedente de Huetamo, no quedó duda alguna al virey de que la direccion que seguia el general mexicano era hácia el oriente; y en consecuencia, dispuso que el coronel Concha, con seiscientos hombres, marchára á Teloloapan á unirse con el jefe Villasana que guarnecia este punto, y juntos ó separados siguieran á Morelos á toda costa hasta alcanzarlo, batirlo y derrotarlo. Armijo recibió orden de avanzar desde Tixtla, hácia el norte, con el objeto de cubrir la ribera izquierda del Mexcala, así como las fuerzas de Concha y Villasana cubrian ya la derecha. Claverino tuvo el encargo de salir de Valladolid con quinientos soldados, y de marchar á la retaguardia de Morelos; Aguirre se situó con una division en San Felipe del Obraje para cubrir los puntos que ántes guarnecia Concha, y auxiliar á éste en caso necesario; las guarniciones de Toluca, Cuantla y Cuernavaca, y las de todos los puntos situados al sudoeste de la capital, se movieron hácia el sur; y por último, la division de los Llanos de Apam se apostó en Chalco, con objeto de batir á Morelos, si éste, evitando un encuentro con las demas fuerzas, intentaba abrirse paso entre los dos volcanes, el Popocatepetl y el Ixtlacihuatl.

De esta suerte, miéntras mas avanzaba Morelos hácia el oriente, más y más debia estrecharse á su derredor el círculo imponente de las tropas realistas. Podia, sin embargo, salvarse marchando con rapidez suma á fin de escapar del cerco que el enemigo intentaba ponerle, ó bien unirse á todas las fuerzas de que podian disponer los demas jefes, á quienes habia dado orden de incorporársele, y resistir con éxito á la primera partida que osare atacarle. La marcha de Morelos y de los miembros del gobierno, se hizo con toda la celeridad posible, pero desgraciadamente, las órdenes enviadas á Terán, Sesma y Guerrero, para unirse á la expedicion, llegaron con mucho atraso á cada uno de ellos; y aunque desde luego se pusieron en movimiento, ya no era posible evitar

el desastre que amenazaba al más ilustre campeón de la independencia.

Este, después de haber procurado engañar al enemigo con hábiles movimientos, llegó á Tesimalaca, pequeña población, cercana ya á los límites de la provincia de Puebla. Tan violenta había sido la marcha y tantos los sufrimientos de la tropa mexicana, que Morelos creyó necesario dar un día de descanso á la expedición. Esta demora ocasionó su pérdida, pues dió tiempo á Concha para caer sobre él con numerosas fuerzas. El 5 de Noviembre de 1815, apenas Morelos se había alejado media legua de Tesimalaca, cuando Concha con su brigada cargó impetuosamente sobre los independentes, obligándoles á empeñar una lucha cuyo éxito no podía ser dudoso. Así lo comprendió Morelos; y ordenando que los individuos del congreso, del gobierno y del tribunal de justicia, con todos los bagajes se adelantasen todo cuanto pudiesen, resolvió proteger su retirada retardando el avance de los realistas. Ocupó, al efecto, las lomas contiguas sobre las que formó su línea de batalla, confiando la derecha al coronel Lobato, la izquierda al general Nicolás Bravo y reservando para sí el mando del centro. Concha dispuso el ataque en el mismo orden: el capitán Gómez Pedraza cargó recíamente la izquierda de los insurgentes que se sostuvieron con denuedo; pero la ala derecha, mandada por Lobato, se retiró en desorden bajo los fuegos de la infantería española compuesta de destacamentos de *Fernando VII, Zamora, Hijos de Veracruz y Tlaxcala*; entónces el centro, atacado por el grueso de los realistas y desconcertado por la derrota de Lobato, flaqueó á su vez, y la retirada se convirtió en fuga general que arrastró á los valientes de Bravo. Hubo un momento en que se encontraron, en medio de aquella horrible confusión, Morelos y el esforzado Bravo, y como éste le manifestára el deseo de morir combatiendo á su lado: *No*, le contestó el héroe; *vaya usted á escoltar al congreso, que aunque yo perezca, importa poco!*

## LXXVII.

Y casi solo, acompañado de algunos criados, siguió haciendo frente al enemigo victorioso, después de pronunciar esas nobles palabras que eran la suprema aceptación de su destino. Todo el pequeño ejército huía en distintas direcciones; y solo su jefe, rodeado de tres ó cuatro asistentes, permanecía inmóvil, disparando sus armas sobre las compactas masas realistas que le rodeaban admirando su heroico valor. Cuando las balas que llovían en su derredor hubieron de privarle de sus escasos y fieles compañeros; cuando ya no tuvo armas que disparar y el caballo que montaba vino á tierra herido de muerte, Morelos se internó á un bosque inmediato, después de detenerse un momento á fin de quitarse las espuelas para marchar con mas desembarazo por aquellas asperezas. Apenas dió unos cuantos pasos dentro del bosque cuando vióse rodeado de una fuerza realista mandada por un miserable traidor llamado Matías Carranco que era á la sazón teniente en las tropas vireinales, habiendo servido á las órdenes de Morelos el año de 1812. Todos los fusiles apuntaron al caudillo mexicano; y ya iban á disparar, cuando éste, clavando su penetrante mirada en el pérfido desertor, le dijo con voz entera: *Señor Carranco, parece que nos conocemos*. Entónces el tráfuga dió orden de que nadie hiciera mal al prisionero; y éste, sacando del bolsillo uno de sus

relojes, lo dió á su aprehensor como premio de la consideracion que acababa de mostrarle. Los miembros del congreso se salvaban, entretanto, gracias á la abnegacion del mas grande de los guerreros mexicanos.

## LXVIII.

Inmenso fué el júbilo de los realistas, cuando vieron en sus manos al que tantas veces habia empañado el brillo de sus armas en los campos de batalla. Apenas se supo en México el desastre de Tescmalaca y la prision de Morelos, dióse orden de celebrar ambos sucesos como si se tratára de una victoria decisiva, que hubiese asegurado para siempre la dominacion española en la colonia; Calleja prodigó honores y recompensas á Concha, Villasana y oficiales y soldados que atacaron á Morelos; el traidor Carranco participó de la munificencia vireinal, pues además del grado de capitán obtuvo el distintivo particular de un escudo en el brazo izquierdo, con las armas reales y este lema: *Señaló su fidelidad y amor al rey el 5 de Noviembre de 1815*. La literatura realista tuvo siquiera el pudor de suprimir en el lema, el hecho en que consistia la fidelidad y amor al rey de España!

Los miembros del congreso y del gobierno, que debian su salvacion al sacrificio de Morelos, apenas instalados en Tehuacan, creyeron de su deber intentar algo á favor de su ilustre colega; y con fecha 17 de Noviembre dirigieron á Calleja

una nota escrita en términos dignos y enérgicos, demostrando al virey las funestas consecuencias que acarrearía á los realistas la muerte de Morelos, y recordándole los derechos que en todos los países civilizados es costumbre otorgar á los prisioneros de guerra. Esta nota, que honra á sus signatarios por la forma en que está redactada y por la intencion que les guió al escribirla, no tuvo respuesta alguna de parte del sanguinario Calleja.

Entre tanto, Morelos, cargado de grillos y entre los cobardes insultos de una bárbara soldadesca, fué conducido á Tenango, en cuyo punto hizo Concha que presenciara el fusilamiento de veintisiete prisioneros tomados en Tescmalaca; luego fué llevado á Tepecuacuilco, y el 21 de Noviembre llegó á San Agustín de las Cuevas (Tlalpam), distante cuatro leguas de México. Durante su tránsito, el pueblo se agolpaba en derredor de la numerosa escolta que le custodiaba, ansioso de conocer al grande hombre cuya fama habia ya volado por todo el país; á su llegada á Tlalpam, una multitud salida de la capital admiró al héroe y le vió pasar, guardando respetuoso silencio, mientras los realistas procuraban hacer llegar hasta él las mas soeces injurias. Fué tanto el concurso atraído á aquel sitio, que el virey Calleja, temeroso de algun levantamiento popular si el prisionero entraba públicamente á la capital, ordenó que en la madrugada del 22 de Noviembre le condujesen en un coche cerrado á las cárceles secretas de la Inquisicion.

Preciso era á la dominacion española y al clero católico, desplegar en esta ocasion toda la pompa de su doble autoridad; y la causa formada á Morelos, será en todo tiempo un monumento de execracion para sus autores. Ya de antemano se habian nombrado los jueces comisionados por la jurisdiccion unida, que lo fueron, por la real, el oidor Bataller de pestilente memoria, y por la eclesiástica un clérigo llamado Flores Alatorre, provisor del arzobispado. El mismo dia 22 quedó terminada la confesion con cargos, contestando Morelos con firmeza y dignidad á todas las inculpaciones que se

le hicieron. A nadie atribuyó la parte tan importante que habia tomado en la revolucion, ni sobre nadie descargó la responsabilidad que le tocaba. La huida de Fernando VII á Francia, dijo, devolvió á la colonia su libertad; y ésta, al levantarse contra sus autoridades no habia incurrido en falta alguna; al contrario, habia ejercido un sagrado derecho. Los fusilamientos de Gonzalez Saravia, Musitu y los prisioneros españoles en Zacatula, él los habia ordenado cumpliendo las órdenes de la junta de Zitácuaro y congreso de Chilpancingo; el fusilamiento de estos últimos no fué un asesinato, sino represalia, por no haber admitido el gobierno el canje que él mismo le propuso de aquellos prisioneros por el general Matamoros. No consideró válidas las excomuniones que contra los independientes fulminaron los obispos y la Inquisicion, porque creyó que no podian imponerse esos medios á una nacion independiente; y por último, al cargo que se le hizo por las muertes, destruccion de fortunas, ruina de familias y desolacion del país, contestó que "estos eran los efectos necesarios de todas las revoluciones."

Concluida la confesion con cargos, hízose saber á Morelos que podia nombrar defensor; y habiendo contestado que se conformaba con el que designase el provisor, éste nombró al jóven José María Quiles, que acababa de recibirse de abogado, á quien se previno por los jueces comisionados que presentase su defensa al dia siguiente 23, franqueándole al efecto la causa, y permitiéndole conferenciar con el prisionero y tomar de él las instrucciones que necesitase.

No obstante el angustiado plazo que se le concedió, el jóven abogado presentó su defensa á las veinticuatro horas de haber recibido la causa; (\*) y á pesar de la premura del tiempo, este documento hace honor á los talentos de su autor, y patentiza los esfuerzos supremos con que trató de salvar á su cliente, ya juzgado de antemano. Usó de las mis-

(\*) Esta defensa se halla original en la causa formada á Morelos, existente en el Archivo nacional, tomo 78, ramo de historia.

mas disculpas que Morelos habia dado contestando á los cargos, bien que presentándolas, como era necesario en un tribunal realista, no como razones fundadas, sino como errores de entendimiento que salvaban la intencion. El defensor pedía para el prisionero la pena que se considerase justa, como no fuese la capital.

## LXXIX.

Hemos dicho que el clero se unió á la autoridad civil en la triste tarea de amargar los últimos dias del héroe mexicano. Apénas presentada la defensa, envióse la causa al arzobispo Fonte, quien la pasó al promotor, y nombró para componer la junta que previene el art. 4º de la sesion 13ª del Concilio de Trento, á los obispos de Durango y de Oaxaca, residentes entónces en la capital, y á los clérigos Beristain, Sarria, Gamboa y Fernandez Madrid, los cuales, oido el promotor, sentenciaron unánimemente á Morelos, motivando el auto en la *notoriedad y enormidad de sus crímenes*, á la pena de privacion de todo beneficio, oficio y ejercicio de orden, y á la degradacion, mandando se procediese á ésta real y solemnemente por el obispo de Oaxaca, y ejecutada que fuese, comisionaron al provisor para que entregase al reo á la potestad secular, nombrada al efecto por el virey, haciendo á este la súplica que prescribe el pontifical roma-